

REFLEXIONES EN TORNO AL FIN DE LA EDUCACIÓN

CARMEN MAGOFKE J.

En este trabajo se desea mostrar las ventajas de una Filosofía Educativa que postula el perfeccionamiento racional permanente del hombre, enfatizando los errores o limitaciones de otras teorías y que ella intenta corregir.

Hoy es el tiempo de los humanismos y antropocentrismos que surgen, ya como consecuencia de nuevas posiciones metafísicas o modos de entender las posiciones tradicionales, ya como respuesta de posiciones metafísicas a lo tradicional.

Al mismo tiempo es una época asediada de teorías científicas, que procuran constituirse en fundamento de la educación. Muchas de ellas pretenden superar el problema de la educación del hombre subordinando su naturaleza plena a una dimensión particular de la misma, como si la excelencia de la naturaleza humana fuere el resultado fáctico de la excelencia técnica en el dominio de lo cuantitativo. Pero toda teoría educativa que tiene como punto de partida

sólo un aspecto del hombre, está de suyo imposibilitada de proponer resultados empíricos o inferencias teóricas, que pretenden abarcar la totalidad. El hombre no se reduce a una de sus partes, como tampoco es la suma de ellas, de modo que una antropología que resulte de la adición o interfunción de las variables fácticas que contemple, ha renunciado desde su inicio a comprender el objetivo propio de su estudio. A la par, una teoría que sólo considere la dimensión natural del hombre y desconozca el ámbito histórico en el que éste se encuentra inmerso ha perdido posibilidad de ser entendida y vivida por esa porción de humanidad viviente.

La fuente desde donde debemos iluminar la educación del hombre, necesariamente ha de integrar las variables inherentes a su naturaleza y aquellas en las que ésta se manifiesta en la realidad histórica. Esto último se condiciona a lo primero.

El ámbito de lo educativo trasciende, con todo, la mera dimensión sapiencial de su tarea. Nuestro compromiso como educadores avanza allende de las fronteras de la técnica para adentrarse en los misterios del ser. Cuando se pierde de vista el sentido último de la tarea educativa, nos alejamos de la causa final y corremos

el riesgo de quedarnos sin educación. Cuando se pierde de vista la naturaleza del sujeto de la educación, ontológicamente previa a la del individuo como objeto de la misma, y que determina y formaliza dicha disciplina, se crean estructuras educativas en las que el límite de su acción sólo topa con la "imagen" del hombre usado como punto de referencia, como sostiene el profesor Widow (1982).

Hay ideologías que permiten un mejor desarrollo de las dimensiones humanas que otras; un arte dirigido, por ejemplo, puede desarrollarse y crecer; es muy posible, sin embargo, que un arte no dirigido resulte mucho más creador. La Educación juega aquí un papel fundamental. Una filosofía que acierte más con la esencia humana, con lo que somos por naturaleza, encauzará una educación hacia fines realmente perfeccionadores del hombre en su grado máximo. Por otra parte, una filosofía que no acierte con lo que el hombre es, que lo lleve a desconocerse y, por ende, a desconfiar de sí mismo, probablemente redundará en una educación sujeta a una limitada y estrecha determinación de fines y propósitos educacionales.

A pesar de ser tan evidente la necesidad de una filosofía de la educación, no pocas ve

ces se pierde de vista esa evidencia. Ella se confunde con lo que somos y damos por supuesto que nos conocemos. Así como es importante una biología, una sociología, una psicología, también es importante una antropología; y todo esto implica una filosofía de la educación que dé cuenta de la dirección y fin de todo el proceso educativo de una nación.

De todo lo anterior se colige claramente el criterio con que miramos a la educación: educarse es vivir sistemáticamente, ni más ni menos que eso. El alumno que vive seis, doce, dieciocho años educándose, no está cumpliendo un requisito artificial. Está simplemente "viviendo" en forma abreviada todas las vidas juntas de sus antepasados en lo que tuvieron de aporte positivo para él, con la ventaja que puede ahorrar sus retrocesos y fracasos. Cuando termine su educación sistemática, podrá sentir si actuó en forma responsable, que tiene conquistada la experiencia de siglos, en la cual ya está actualizado. Desde ese momento su papel consiste en continuar, desde allí donde le dejó la educación sistemática, hacia adelante.

Teniendo esto en cuenta, no es desacertado decir que la educación tiene por fin la incorporación del educando a la cultura. Pero és

te es tan sólo el fin inmediato, el cual a su vez tiene como fin la actualización máxima.

"En todas las cosas ten en cuenta el fin". Esta ha sido siempre la norma del recto proceder humano. No se considera cuerdo actuar en otra forma y al que camina sin saber a dónde o para qué, le llamamos desorientado.

Conviene aclarar que aquí nos interesa el término "fin" en el siguiente sentido: aquello para lo cual se hace algo, que prácticamente se identifica con la noción de bien metafísico, o con el ser en cuanto apetecible; y el fin es el bien en cuanto que, por razón de su apetencia, mueve a obrar al agente. Con respecto a cualquier actividad distingamos el fin inmediato, el mediato y el fin último al cual se ordenan todos los anteriores como auténticos medios, no siendo él medio para ningún fin ulterior.

Si un ser emerge a la existencia, ello es posible porque otro ser, la causa eficiente, le hace existir, contando para ello con una materia previa a la cual da una forma determinada. No obstante, tal actividad realizadora no sería posible si la causa eficiente no sintiese previamente el deseo de lograr algo con ello, ese algo en vista de lo cual actúa el agente:

la causa final.

Una nueva reflexión sobre el proceder de las causas nos lleva a descubrir aún algo más sobre la causa final: que ella no actúa directamente en el efecto, sino más bien en la causa eficiente, atrayéndola, motivándola; o sea, es la causa final la que hace que la causa eficiente produzca el efecto, dé una forma a la materia. Inferimos de lo dicho, que la causa final tiene notoria prioridad con respecto a todas las otras causas, siendo ella la que primero ejerce su influjo en orden a la producción posterior, la que en cierto sentido desempeña el papel de causa mayor.

El fin es lo primero en la intención, pero lo último en la ejecución. Al respecto Chateau 1959, p.222 dice:

"... la educación no es en modo alguno un conjunto de técnicas que podría ponerse al día por medio de experiencias apropiadas, como se hace por ejemplo con las técnicas agrícolas. Indudablemente las técnicas significan mucho, y no conviene descuidar las didácticas particulares, ni la pedagogía experimental. Pero por encima de ellas existe la búsqueda más difícil y más urgente: en qué consiste el fin y el espíritu de la educación. Esta búsqueda obliga al educador, al filósofo y al político. Si no se consagra a ella desde luego, si no se conserva siempre en el horizonte del pensamiento, el cuidado de las técnicas vale bien poco."

La consideración de estas reflexiones de la finalidad nos obliga a tomar muy en serio la necesidad de ahondar filosóficamente en el fin de la educación.

Proponemos la siguiente definición esencial: La educación es el perfeccionamiento racional de las capacidades del hombre. Definición que implica la existencia de un sujeto en quien se efectúa algo: el educando en sus capacidades. Un perfeccionamiento racional: lo que en él se efectúa. El agente, quien efectúa tal perfeccionamiento y el fin, para qué se efectúa tal perfeccionamiento. Estos cuatro factores corresponden, respectivamente, a las cuatro causas esenciales de todo ser determinadas por Aristóteles (1964 p.96-97).

Advertirnos que tanto la definición propuesta, como las simples cuatro respuestas que hemos dado con respecto a la estructura de la educación, encierran otros tantos problemas que no admiten un mero vistazo superficial; por ejemplo, ¿por qué y en qué sentido las capacidades del hombre son la causa material de la educación? ¿Por qué nos parece que la racionalidad es la causa formal de la educación? ¿Cuál es ese educador que tiene auténtico papel de causa efi

ciente de la educación? ¿Cuál es el fin o causa final de la educación? El estudio filosófico de cada uno de estos problemas traerá no pocas sorpresas. Muchos de los lugares comunes que barajamos hasta el presente habrán de caer inmediatamente por tierra, cediendo paso a la lógica y a un mayor sentido de la Educación.

En el presente estudio nos dedicamos a la última de las cuatro preguntas anunciadas, ¿cual es el fin de la educación? Lo haremos conscientes, después de lo dicho, de que esa es justamente una de las cuatro causas de la educación. Todo el que actúa lo hace por un fin; quien educa, quien se deja educar, quien se autoeduca, lo hace por un fin.

¿Cuál es el fin de tal actividad? La respuesta que se da en primera instancia es común a la mayoría de los criterios. El fin de la actividad educativa es el perfeccionamiento del educando; este fin es tan inmediato a la educación misma, que se identifica con ella: educar se es perfeccionarse. Lo hemos dicho recientemente al adelantar nuestra definición de la educación: perfeccionamiento racional de las capacidades del hombre.

Hasta esta respuesta no hay problema alguno; la dificultad la encontramos cuando nos a-

treveamos a preguntar el para qué de tal perfeccionamiento, es decir, cuando indagamos no ya el fin inmediato de la educación, sino los fines mediatos; mayor dificultad se plantea al preguntar finalmente por el fin último, es decir, por aquel fin con respecto al cual todos los anteriores desempeñan el papel de medios. La filosofía tiene perfecto derecho a plantearse esta interrogante.

La asignación del fin último y de los fines mediatos de la educación, crea automáticamente dificultades por la simple razón de que con ello entramos en un problema de discusión filosófica: la finalidad del hombre y de su vida. A su vez, este problema supone resuelto otro problema, la naturaleza esencial del hombre. Uno y otro han dispersado a los hombres en las más diversas y opuestas teorías. En efecto, según la concepción que se tenga del hombre, se asignará a la vida humana un fin diferente. Muy opuesta es, por ejemplo, la finalidad que señalan a la vida las posiciones materialistas, las espiritualistas y algunos existencialismos.

La educación realiza lo que la Filosofía ha concebido como posible de realizar. Por esta razón, el educador responsable no puede ser escéptico ni prescindir de la Filosofía; tal prescindencia significaría un no pronunciamiento a

corde a la pregunta capital: ¿para qué vive el hombre? Quién no sabe para qué vive, tampoco puede saber para qué educa y quién no sabe para qué educa, tampoco sabrá cómo debe educar.

Aquellos educadores o pedagogías que, para no chocar con nadie, eluden el problema en cuestión y apoyan la educación en la sola investigación científica, terminan ofreciéndonos muy novedosos métodos, pero lo hacen con la misma ingenuidad del técnico nuclear que no sabe si trabaja para la ruina o el bienestar de la humanidad.

Mantovani, (1970) en varios pasajes de su obra, abunda en consideraciones sobre la importancia de la Filosofía de la Educación, especialmente en estos momentos de crisis. Uno de los rasgos de la crisis actual es la frecuente pérdida de la imagen humana que debe presidir toda educación.

Maritain, en su libro aparecido por primera vez en agosto de 1943 (p.15 y 16) manifestaba:

"... ahora bien, es cierto que la idea puramente científica del hombre puede proporcionarnos valiosísimos y siempre renovadas informaciones sobre los medios y los instrumentos de la educación; mas nunca nos podrá dar ni los primeros fundamentos ni las direcciones

nes primordiales de la educación, porque ésta debe primero y fundamentalmente conocer lo que es el hombre, cuál es la naturaleza del hombre y la escala de valores que esencialmente implica ... la idea completa, la idea integral del hombre necesaria para la educación no puede ser sino una idea filosófica y religiosa. Filosófica, porque esta idea tiene por objeto la naturaleza o esencia del hombre."

En nuestros días y nuestro medio López (1982) muestra a través de todo su libro la importancia de la reflexión antropológica para una orientación adecuada del proceso educativo.

Sabemos que todas las teorías filosóficas coinciden en señalar como fin de la vida humana el logro de la plenitud del hombre. Difieren sólo en el momento de concretar en qué consiste tal plenitud, justamente porque difieren en el concepto esencial del hombre; hay entonces una afirmación común a todas las teorías que, por lo mismo, aceptamos como verdadera. El fin de la vida humana es la máxima actualización (plenitud) posible del hombre.

Entendemos por actualización el tránsito de la potencia al acto, en otras palabras, la actualización es el tránsito del "poder ser" al "ser algo" realmente. El hombre, como todos los

seres llamados perfectibles, es una mezcla de acto y potencia, ello quiere decir que ya es algo, es decir es acto; además es limitado, no es todo. Por último, puede ser más, tiene potencialidad; en este último aspecto descansa su perfectibilidad, es decir, su posibilidad de actualizarse. La mejor demostración de esta posibilidad es la misma experiencia; todos los hombres, desde el momento de ser concebidos, inician su actualización. El feto es un conjunto de capacidades que irán desarrollándose durante su permanencia intrauterina. Después de nacer, por espontáneo desarrollo natural, el niño irá actualizando nuevas potencialidades; el hablar, el caminar, el percibir, el creer, etc. Todo este devenir, que es progreso, es un continuo llegar a ser nuevas realidades que antes no se era, pero cuya capacidad real poseía. Sin embargo, llegará un momento, el de la madurez, en que cada hombre se transforme de simple espectador y sujeto pasivo en agente consciente de su propia actualización. De su criterio personal y de su voluntad depende ahora el qué y el cómo de dicha actualización. Esta capacidad de realizar la propia actualización en forma intencionada es la gran diferencia que existe entre el hombre y el resto de los seres terrestres, cuyo progreso es efectuado en forma inconsciente y totalmente determinada. El resultado de tal progre

so, si se le procura en forma integral, es que el sujeto de dicho progreso se va tornando más enriquecido como ser biológico-espiritual, es decir, más hombre. La persona se puede negar a seguir tal línea, ello significa entonces que no siempre deba ser así. Nace aquí la necesidad de demostrar cuál es realmente el fin de la vida humana, saber que vivimos para lograr la máxima actualización posible de nuestro ser de hombres. Para demostrarlo se aducen las siguientes razones:

a) Por ser el verdadero camino de la felicidad.

Todo hombre normal acepta que el logro de la felicidad es lo único que puede justificar la vida. En consecuencia, sólo aquello que la procura realmente puede ser designado como fin de la vida. Ahora bien, si se medita un momento, cada goce que el hombre experimenta es el resultado de una actualización, así como cada dolor es la manifestación de una deficiencia, pero el goce y la felicidad se distinguen entre sí como la parte del todo, como lo transitorio y lo definitivo. En consecuencia, si el goce es el resultado de una actualización momentánea y parcial, la felicidad es el resultado de la actualización total y definitiva, es decir, del hombre entero en cuanto tal.

Lo expuesto obtiene una confirmación vital por la experiencia misma de quienes lo han vivido: santos, genios, héroes, artistas integrales; son ellos los primeros en confirmar que no hay felicidad comparable a la del hombre que se actualiza al máximo.

b) Por ser aplicable al hombre la ley universal de actualización, tendencia a ser más.

Basta observar el mundo que nos rodea para darnos cuenta de que está afecto a una ley universal de actualización. Todos los seres, en forma inconsciente e involuntaria, excepto el hombre que es consciente y libre, están dando muestras de esa constante actualización de energía física, de movimiento, de vida, crecimiento, multiplicación, etc. Más aún, si se observan científicamente tales fenómenos, no es difícil comprobar que todo está dispuesto por la naturaleza en orden a facilitar tal actualización. En consecuencia, la propia naturaleza revela, con esto, que el fin al que tiende es el desarrollo máximo de todo ser.

El fin de actualización elimina aspectos negativos de otras teorías.

a) El primer aspecto negativo que elimina nuestra teoría es un defecto común a todas las

restantes teorías: la parcialidad o unilateralidad, nacido de una concepción unilateral del hombre. Nuestra concepción integral de la actualización descarta absolutamente este error.

b) Un segundo gran error descarta nuestra teoría; el concebir a la educación no como una vida, sino únicamente como preparación para la vida. El utilitarismo y el socialismo lo sustentan quizás en forma inconsciente. En su lugar, la teoría de la actualización reconoce siempre una doble realidad en la educación: primero, acepta que ella es una preparación a la vida post-escolar; pero también afirma que la educación es ya, de suyo, una auténtica vida, puesto que el educando no hace otra cosa que realizar sistemáticamente aquello que debería ser siempre su ocupación central: la actualización de sí mismo.

c) Un tercer error rechaza igualmente la teoría de la actualización: el error de concebir a la persona como un "instrumento", no como fin. Son nuevamente el utilitarismo y el socialismo los que lo sustentan. La actualización, en cambio, apunta directamente a la persona como objetivo final. A ella quiere perfeccionarla, aún cuando considera entre los fines de la educación el interés social y la preparación para ganarse la vida. Le preocupan sólo

porque sociedad y vida económica son instrumentos que coadyuvan a la persona.

Se afirma que la educación no tiene un fin distinto del de la vida misma, sino idéntico. El fin de la educación es, en consecuencia, la actualización máxima de cada persona en cuanto tal. Tal fin es buscado "sistemáticamente por la educación. Ello quiere decir que la educación sistemática se lo propone abiertamente y, por ello, lo procura en forma intencionada y metódica.

El camino espontáneo, primitivo y sujeto a errores que seguirá el hombre natural para lograr tal actualización, es reemplazado en la educación por un camino racional, probado por la experiencia y cargado de una cultura que el educando no necesita más que apropiársela para seguir actualizando sobre ella nuevas líneas con su personal aporte.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARISTOTELES. *Metafísica*. Colección Austral. Es
pasa Calpe, Madrid, 1964.
- CHATEAU, J. *Grandes pedagogos*. Fondo Cultura
Económica, México-Buenos Aires, 1959.
- GASTALDI, I. *Aproximaciones filosóficas-teoló-*
gicas al misterio del hombre. Edic. Don Boso
co, Ecuador, 1979.
- LOPEZ, S. *Antropología y educación*. Edit. Paulin
nas, Santiago, 1982.
- MARITAIN, J. *La Educación en este momento cru-*
cial. Editorial Club de Lectores, 1981.
- MANTOVANI, J. *Educación y vida*. Losada, Buenos
Aires, 1970.
- WIDOW, J. *El Problema de la educación*. Academia
Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago,
1982.